

## ¿LA PANDEMIA COMO PRETEXTO? ¿CONTROL RENOVADO DE LOS CUERPOS?

*Susanna Vendrell*

*“Controlar las vidas minúsculas es útil para controlar la Vida” (1)*

Según el María Moliner, cuerpo tiene una bien larga lista de acepciones. Aplicamos “cuerpo” a muy distintas cosas como, por ejemplo: materia, animal, cadáver, libro, edificio, mueble, vestido, colectividad, organismo, profesionales, unidades, letras, líquidos... Y, además, están las expresiones: “a cuerpo gentil”, “a cuerpo de rey”, “cuerpo a cuerpo”, “cuerpo de jota”, “dar cuerpo”, “de cuerpo presente”, “en cuerpo y alma”, “pedir el cuerpo” ...

Las acepciones referidas a la persona la consideran generalmente desde el punto de vista de su belleza: “tiene muy buen cuerpo”. También aplicado a personas, existe la acepción “cadáver”. No aparece “tomar cuerpo” que Lacan usa en Radiofonía cuando dice “La estructura se atrapa [...] Desde allí, es decir, desde el punto en el que lo simbólico toma cuerpo” (2). Giro de Lacan, nos dice E. Laurent, donde el cuerpo “ahora es captado por *incorporación* directa de lo simbólico” (3). Así, “el encuentro del cuerpo de lo simbólico con la carne desprende el objeto *a* como incorporal, como efecto fuera del cuerpo, como “goce-sentido” (4).

Desde la pregunta de cómo nos relacionamos con el cuerpo, nos encontramos con las tres concepciones metafísicas principales: soy un cuerpo, hay un cuerpo en mí, tengo un cuerpo. Soy un cuerpo, es la asimilación reduccionista de la ciencia que solo considera la fisiología como principio vital. Hay un cuerpo en mí, refleja una visión de la corporeidad distante del espíritu; desde esta posición se puede ver el cuerpo como algo ajeno. Tengo un cuerpo, se inscribe en la tradición occidental, racionalidad griega y revelación bíblica, en la que el alma es un principio inmortal que anima el cuerpo. Aquí, la salud del alma y la del cuerpo van de la mano: simbiosis entre espiritualidad y biología.

Si buscamos la definición de “control” tenemos también diversas acepciones y encontramos significados que se ajustan a la idea que hemos puesto en juego: “limitación de la libertad o espontaneidad de una acción o fenómeno”, “dispositivo con que se maneja o regula algo”.

Algunas intuiciones de inicio son las que me mueven a poner en circulación, con inquietud, el tema del cuerpo y el control que se ejerce sobre él. Una de esas intuiciones es que aquello que se impuso, ya hace mucho, como lo políticamente correcto se ha convertido en una especie de coraza cínica que impide el acceso a las palabras que serían necesarias, formando “un dominio especial de la ‘lucha contra uno mismo’, contra las tentaciones incorrectas” (5).

(1) Brousse, M.-H., (2020), “Lo femenino” p. 21. Tres Haches, Buenos Aires.

(2) Lacan, J., (1970), “Radiofonía” p. 430. Otros escritos. Paidós, Buenos Aires.

(3) Laurent, E. (2016), “El reverso de la biopolítica” p. 35. Grama, Buenos Aires.

(4) *Ibid.*, p. 39.

(5) Zizek, S., (2020), “Pandemia” p. 28. Anagrama, Nueva York.

Otro concepto que aflora: el discurso de la ciencia ocupa el lugar de la verdad. La ciencia, junto con la técnica, convertidas en la religión de la época. Y, contradictoriamente, no tomando en cuenta el necesario tiempo para comprender, rindiéndose a la inmediatez. Se manifiesta en esto una voluntad de ignorar las relaciones del sujeto con el goce.

Una última percepción viene a poner en relación los lazos humanos, nunca sencillos, con el imperativo contemporáneo de deber funcionar bien en todo y en todo tiempo. La tecnología nos promete poder hacer “ese” todo virtualmente. Sin embargo, especialmente después de la supresión de las relaciones por confinamiento, los sujetos se han quejado de soledad y desconexión, de falta de deseo y de miedo.

Hay que distinguir el virus y sus efectos reales del discurso sobre el virus. Las proclamas diarias ejercen una encubierta violencia simbólica al revestir a los otros de amenaza “contagiosa”. La epidemia es terrible, pero el terror que causa la alarma sostenida es epidémico.

Han aparecido algunas palabras nuevas: CORONAVIRUS, COVID, CONFINAMIENTO, que se han convertido en omnipresentes e importantes, ineludibles en nuestra vida. Estuvimos encerrados en casa durante más de dos meses, con movimientos limitados y controlados, sin contacto físico, pero con contacto constante y permanente a través de las pantallas, lo virtual se empoderó aún más: teletrabajo, zoom...

En su libro *Loa a la tierra*, Byung-Chul Han dice que la digitalización “aumenta el ruido de la comunicación. No solo acaba con el silencio, sino también con lo táctil, con lo material, con los aromas, con los colores fragantes, sobre todo con la *gravedad de la tierra*. La palabra *humano* viene de *humus*, tierra. [...] En último término, la digitalización elimina la propia realidad. O la realidad se des-realiza y acaba reducida a una ventana dentro de lo digital” (6).

Virus, Pandemia, UCI, otra serie de significantes constantes. A medida que la Cosa avanzó entraron en juego la responsabilidad y la solidaridad. Pero, cuando no hay nada más que ofrecer, la solidaridad reside en la presencia. Mascarilla, Tapabocas, Gel, Limpieza... Control y vigilancia asumidas y aun reclamadas por un gran número de personas.

Como se anunció desde el primer momento, la situación instaura un cambio. Un cambio más notable que el inducido por los atentados terroristas en 2001, cuando ya se asumió como indiscutible que el binomio seguridad-vigilancia regiría nuestras vidas. La contradictoria pareja que ahora se impone es libertad y vigilancia, extrañamente unidas y autoimpuestas.

Según un informe de Oxfam, la inseguridad alimentaria, como consecuencia de la pandemia, arrojará cifras de muertes diarias por hambre que superarán a las causadas por el virus. Otro dato: Owen Jones ha observado que “la crisis climática está matando mucha más gente en todo el mundo que el coronavirus, pero eso no causa ningún pánico” (7).

En *La Tercera*, Lacan parte de *lalengua*, del goce y, con ello, de la necesidad de suponer que hay un cuerpo, para que el goce tenga un soporte. En psicoanálisis tratamos con el goce del cuerpo vivo, aquel que soporta la incidencia significativa. Lacan reintroduce el cuerpo en el lugar en el que el *cogito* cartesiano lo expulsaba. Es en *La Tercera*, que el cuerpo queda inscrito en el anillo imaginario que comporta la relación del cuerpo con la distribución de los goces: se

(6) Han, B.-C., (2017), “Loa a la Tierra” p. 144 y 145. Herder, Barcelona.

(7) Zizek, S., (2020), “Pandemia” p. 74. Anagrama, Nueva York.

trata del cuerpo del goce, del goce del cuerpo y del fuera de cuerpo, que sitúan las relaciones del cuerpo con su goce.

A la pregunta ¿de qué tenemos miedo?, Lacan responde de nuestro cuerpo y dice que lo manifiesta la angustia: “La angustia es, precisamente, algo que se sitúa en nuestro cuerpo en otra parte, es el sentimiento que surge de esa sospecha que nos embarga de que nos reducimos a nuestro cuerpo. Como a pesar de todo es muy curioso que la debilidad mental delserhabla haya logrado llegar hasta allí, nos percatamos de que la angustia no es el miedo de cosa alguna con que el cuerpo pueda motivarse. Es un miedo al miedo” (8).

### **Una época, la nuestra**

Es con la garantía del Otro, que establece el edificio del pensamiento cartesiano, que se abre el camino a la ciencia moderna. La ciencia opera evitando la contaminación entre una sustancia extensa y otra pensante.

La medicina y el arte comparten una misma raíz y un mismo origen, parten de la doctrina que se basa en la omnipotencia de la palabra. Podríamos decir que también el arte, aunque con otras artes, participa de la máxima que dice que en la enfermedad misma reside el secreto de la curación. Los científicos usan metáforas y se acercan con ellas a los poetas.

La premisa básica de la medicina contemporánea es que todas las enfermedades pueden curarse. Este supuesto de triunfo total sobre la enfermedad va de la mano con la negación de la muerte característica de nuestra cultura, la cual pretende desterrar de la conciencia la enfermedad y el sufrimiento, ya que no gozan de prestigio en la civilización de masas. La misma civilización que muestra el síntoma de la eterna juventud.

Sabemos que,“ basta ver una enfermedad cualquiera como un misterio, y temerla intensamente, para que se vuelva moralmente, si no literalmente, contagiosa. [...] El contacto con quien sufre una enfermedad supuestamente misteriosa tiene inevitablemente algo de infracción; o peor, algo de violación de un tabú” (9). Y las enfermedades temidas, así como las situaciones extremas hacen aparecer lo mejor y lo peor de las personas.

Con la época moderna y sus ideas románticas, las enfermedades pasaron a ser expresión del carácter y la voluntad del enfermo. Este pensamiento fue evolucionando hasta afirmar que el carácter es lo que causa la enfermedad como búsqueda de expresión. En nuestra contemporaneidad, perdido el pensamiento mágico, regresa el misterio y ante la incompreensión de la nueva enfermedad se recurre a la prevención, la seguridad, el control, la prohibición. Es un hecho que ni una sola ley del funcionamiento del organismo puede expresarse mediante ecuaciones matemáticas, a pesar de los grandes logros de la medicina. No es posible obtener respuesta a ciertas preguntas, también “el conocimiento científico tiene sus límites” (10).

Entonces nos queda la poesía como otro modo de conocer porque, como sabemos, las palabras a veces pueden ayudar cuando las medicinas fallan. Pero encontramos a faltar a los poetas, ahora mismo.

(8) Lacan, J., (1974), “La Tercera” p. 102. Intervenciones y textos 2. Manantial, Buenos Aires.

(9) Sontag, S. (1977), “La enfermedad y sus metáforas” p. 13 y 14. P. R. House, Barcelona.

(10) Szczeklik, A., (2010), “Catarsis” p. 77. Acantilado, Barcelona.

La pandemia ha traído una nueva situación en la que uno no es sólo responsable de su propia enfermedad. Es responsable del contagio o de la curación de la comunidad. Se metaforiza el sufrimiento para hacerlo más soportable dándole un sentido.

Está en circulación el mensaje que relaciona la aparición de este virus con los estragos que hemos causado como humanidad sobre la Tierra, el desastre medioambiental que amenaza la supervivencia de la especie a consecuencia de la superproductividad. Vendría a ser como estar infligiéndonos autolesiones, en una especie de síndrome de Münchhausen. Pero, en este punto, Zizek nos advierte: “deberíamos resistir la tentación de tratar la epidemia actual como si tuviera una significación más profunda: el castigo justo pero cruel de la humanidad por la desafortunada explotación de otras formas de vida de la Tierra. Si buscamos un mensaje oculto, nos situamos en la premodernidad: tratamos nuestro universo como algo que se comunica con nosotros” (11).

La responsabilidad de cada uno en cuanto ciudadano y consumidor se ha puesto en juego. La toma de conciencia en ese aspecto es deseable, pero el peligro, creo, es deslizar y ligar la enfermedad como tal a la cuestión de nuestro comportamiento como especie y metaforizar entonces lo que se considera moral o socialmente malo: “Las metáforas patológicas siempre han servido para reforzar los cargos que se hacen a la sociedad por su corrupción o injusticia” (12). También está la esperanza que nos apunta Jorge Alemán al referirse a la pandemia en el sentido de que “permite la posibilidad de pensar la política más allá de su solución sanitaria y de los terribles estragos que está padeciendo gran parte de la población mundial” (13).

Estamos a la espera porque la situación que vivimos no apunta hasta ahora en esa dirección. Comparto su pesimismo al pensar que no parece que de esto vaya a salir algo mejor. Se utiliza el lenguaje de guerra y además se cuenta con la intervención de los militares y los cuerpos policiales para reprimir la movilidad y el contacto de los no enfermos. Es decir, se considera justificado casi cualquier daño con tal de evitar supuestamente cualquier muerte. Así, “la enfermedad, tan legítimamente natural como la salud, se vuelve sinónimo de lo que es ‘contra natura’” (14).

Desde hace décadas, la medicina ha optado por la “ciencia objetiva” rechazando de plano la “verdad subjetiva”. Una vez admitida como única posibilidad la renuncia a la libre decisión, se acepta el sufrimiento inherente al sacrificio que supone la renuncia al contacto (no acompañar a los familiares enfermos, no ver ni despedir los cuerpos de los que han perdido la vida). A partir de ahí, el dolor, la conformidad, la resignación aparecen como la solución a las dificultades que presenta la vida.

Vivimos en la compañía de la incertidumbre, de la espera del remedio que la ciencia traerá. Mas habrá que tener presente que “los obstáculos insuperables contra los que se estrellan nuestros intentos de encerrar la vida en una definición se deben a la naturaleza individual e irreplicable de cada existencia. Por lo tanto, no cabe esperar que la ciencia aporte respuestas a la pregunta sobre la esencia de la vida [...] La ciencia es incapaz de responder a preguntas que

(11) Zizek, S., (2020), “Pandemia” p. 22. Anagrama, Nueva York.

(12) Sontag, S. (1977), “La enfermedad y sus metáforas” p. 87. P. R. House, Barcelona.

(13) Alemán, J., (2020), “Pandemónium” p. 15. Ned Ediciones.

(14) Sontag, S. (1977), “La enfermedad y sus metáforas” p. 89. P. R. House, Barcelona

empiezan por un por qué o un para qué. Sólo puede dar respuesta a preguntas que empiezan por un cómo” (15).

En juego está quién decide, quién pone los límites y cuáles a nuestra vida. Esto no es nuevo, viene de lejos. Antes de la tecnificación médica, el estado del bienestar alcanzado en el siglo XX en el mundo occidental dio como resultado, a través de los avances sanitarios, alargar la vida, contar con una esperanza de vida desconocida. Pero a cambio, en nuestra era tecnológica, puede resultar difícil morir. Pueden mantenernos “vivos”, de tal modo que el final de la vida no da sentido a la muerte, y la vida reducida a un proceso biológico se queda vacía de sentido.

Atrás queda el cuerpo disciplinado de la sociedad industrial, cuando el dolor tenía un papel constructivo. En nuestra época posindustrial “el cuerpo hedonista, que se gusta y se disfruta a sí mismo sin orientarse de ninguna manera a un fin superior, desarrolla una postura de rechazo hacia el dolor” (16).

El siglo XX mostró el horror que puede causar la acción política guiada por ideologías fanáticas. Sus desmanes propiciaron un mayor conocimiento de la naturaleza, así como de las posibilidades humanas y la ciencia se convirtió en la nueva religión salvadora que corre tras el espejismo del progreso que el conocimiento científico de la verdad alcanzará.

Podríamos pensar que el principio de precaución -que aplicaron en sus desarrollos Wittgenstein y Heidegger, frente a la visión tecnológica del mundo- se ha perdido en buena medida. Manda la utopía tecnocientífica y la innovación es su lema. Ahora bien, la tecnociencia, por sí misma, carece de límites y, por supuesto, de sentido moral. Si algo ha puesto de manifiesto la gestión de la pandemia del Covid es como la moral se puede diluir en imperativos biológicos.

Es obligado en este punto manifestar que en ningún caso se trataría de ir contra la ciencia, cuestión que, por otro lado, sería como querer poner puertas al campo. En todo caso, de lo que se trata es de rechazar el cientificismo y de reclamar espacio para aquello de lo que se ocupa el psicoanálisis y la ciencia no puede alumbrar: la no proporción sexual. Como dice Laure Naveau, la orientación del psicoanálisis consiste en “defender la dignidad del sujeto entanto que ser hablante y en dar una función a sus síntomas en el actual movimiento del mundo” (17). Lacan se sirvió de todos los avances de su momento, especialmente de las ciencias matemáticas, porque una integración social del saber de la ciencia es absolutamente deseable.

En *La Tercera* Lacan se refiere a la angustia de la que a veces son presa los científicos: “Y cuando los biólogos, para nombrar a esos científicos, se imponen el embargo de un tratamiento de laboratorio de las bacterias so pretexto de que, si hacen unas demasiado durasy demasiado fuertes, podrían muy bien colarse por debajo de la puerta y barrer cuando menos con toda la experiencia sexuada, barriendo al serhabla, es de veras algo sumamente curioso. Este ataque de responsabilidad es de una gran comicidad: la vida toda por fin reducida a la infección que realmente es, con toda probabilidad, ¡es el colmo del ser pensante! Lo malo es

(15) Szczeklik, A., (2010), “Catarsis” p. 200 y 201. Acantilado, Barcelona.

(16) Han, B.-C., (2021), “La sociedad paliativa” p. 22. Herder, Barcelona.

(17) Naveau, L., (2007), “Una ciencia sin raíces” p. 14. EUG, Granada.

que ni así se dan cuenta de que la muerte se localiza por ello en lo que en *lalengua*, como la escribo, le hace signo” (18). Con ello pone de manifiesto la consecuencia de la jactancia de la ciencia de alcanzar con su saber todo, taponando la falta y llegando al punto que llevaría a la destrucción.

La vida misma, dirá Lacan, algo en lo real se estructura con un nudo que une lo real, lo simbólico y lo imaginario. En el achatamiento del nudo borromeo se sitúa el síntoma que es la “irrupción de esa anomalía en que consiste el goce fálico, en la medida en que en él se explaya, se despliega a sus anchas, aquella falta fundamental que califico de no relación sexual” (19).

### **Esta pandemia**

El confinamiento como consecuencia de la pandemia me facilitó tiempo para leer y para releer a ciertos autores. Uno de ellos, François Cheng, me volvió a cautivar con sus palabras: “el mal y la belleza constituyen dos extremos del universo vivo, es decir de lo real” (20). De manera exquisita nos advierte: “Para que la vida sea vida que implica crecimiento y renovación, la muerte es un constituyente inevitable, por no decir necesario. Y, en el proceso del tiempo, [...] la perspectiva de la muerte es lo que hace único cada instante y todos los instantes. La muerte contribuye a la unicidad de la vida. Si hay mal, reside en las ocurrencias anormales, trágicas y en las utilidades desviadas, pervertidas, de la muerte. Éstas sobre todo se sitúan fuera del orden de la vida; son capaces de destruir el orden mismo de la vida” (21).

Lo real, el virus, como aquello invisible y que por ese motivo resulta omnipotente, atributo no humano, conforma una realidad. Es la que se ha impuesto a través del discurso, los discursos que se esfuerzan en dar un sentido a lo que no lo necesita.

Sorprendentemente la población, en su mayoría, se ha mostrado totalmente dispuesta a acatar las normas que se le han impuesto. Las posiciones críticas con los poderes políticos fueron escasas al principio, a pesar de que las decisiones tomadas han supuesto desfigurar los modelos que nos venían rigiendo. Durante esta emergencia sanitaria, se han puesto en circulación dos vocablos: “negacionista” y “conspiracionismo” y se han utilizado con el propósito de desacreditar cualquier voz que ha pretendido pensar sin dejar de ser crítica.

Los cambios lo han abarcado todo. También la práctica del psicoanálisis se ha visto afectada. Así, en general, en nuestras consultas se ha modificado lo que parecía inmodificable: no presencia de los cuerpos, atención a través de las pantallas o presencia con mascarillas y sin contacto físico. Se acabó el apretón de manos.

El derecho a la salud se ha invertido volviéndose una obligación. Un hecho indiscutible, y no nuevo, es el aumento del poder médico. Como tal poder, convierte a la salud en objeto de una política convertida en biopolítica, pasando la salud a ser una obligación y dejando de ser aquello inherente a la libre decisión de cada individuo. Se legisla sobre ello y la norma debe cumplirse a cualquier precio, incluido el de suspender las garantías constitucionales.

(18) Lacan, J., (1974), “La Tercera” p. 87. Intervenciones y textos 2. Manantial, Buenos Aires.

(19) *Ibid.*, p. 104.

(20) Cheng, F. (2007), “Cinco meditaciones sobre la belleza” p. 18. Siruela, Madrid.

(21) *Ibid.*, p. 36

Muestra de ello es lo vivido en los geriátricos. Ya antes de la epidemia, los ancianos, no solo los más desfavorecidos, se habían convertido en pacientes geriátricos, aislados de su entorno y recluidos en residencias. La nueva situación no ha hecho sino mostrar crudamente las consecuencias de esa realidad hasta el punto de dejarlos morir solos. Como dice Alemán, “el automatismo en la distribución de cadáveres le roba al sujeto finito la experiencia singular del ‘morir propio’” (22).

Pero el abuso de autoridad, amparado en la medicina, ha incomodado a muchos profesionales que han sentido que “la confianza ciega que les hemos profesado tiene un punto de absurdo” [...] El rey va desnudo, aunque sea médico” (23). Si la sanidad se vuelve una obsesión y la voluntad de curar se instala como el paradigma de la acción política, entonces se sigue, encubierta o no, una doctrina higienista.

Los hechos reflejan algo de la verdad que se manifiesta, como siempre, velada: gobierno a golpe de excepción y extensas y extendidas medidas excepcionales, limitaciones a la libertad (ya la responsabilidad sobre sí mismo). La situación promueve, y asegura, el pánico colectivo aumentado por la constante difusión de la idea de contagio en todos los medios de comunicación. Más allá de la real capacidad del virus de alojarse en los cuerpos y, por tanto, el miedo que por él mismo provoca, la insistencia informativa, a todas horas, los datos constantes, aunque a menudo contradictorios y casi siempre con falta de transparencia, conforman, dan cuerpo, a la idea del contagio y producen un discurso sobre el virus destinado a amedrentar y a provocar el temor desbocado.

Este tratamiento de la situación tiene consecuencias. El coronavirus “aparenta ser la policía de los cuerpos: control de las vidas, pérdidas de cercanía con la piel y el encuentro, ausencia en la calle de la sorpresa, no vida en los vínculos y en la ciudad, etc.” (24). El estado psíquico, mental, de la población lógicamente está comprometido. Todos los cuerpos han devenido potencialmente en individuos contagiados y posibles contagiadores. Se justifica así la interrupción, el cese de las relaciones personales y se recomienda (y se impone) no reunirse. Trabajar, comunicarse, intercambiar a través de la virtualidad, evitando todo contacto. Hay que vivir en permanente estado de alerta y sospecha perpetua.

En 2003, el neurocirujano Richard Hayward invento VOMIT acrónimo de Victims of Modern Imaging Technology y en el artículo en que lo daba a conocer decía que “Internet es el sistema creador de ansiedad más potente que jamás haya existido” (25). La respuesta dada al virus del Covid, ha confirmado, por si hacía falta, este hecho: las relaciones, los encuentros, el trabajo todo ha pasado a depender de la red y de las redes. Y sí, la ansiedad se ha disparado al mismo ritmo que la tecnoadicción y la tecnoddependencia

El miedo descubre aquello que estaba oculto y muestra, nos dice Agamben, que “nuestra sociedad no cree en otra cosa que en la vida desnuda”, una vida desprovista de los atributos

(22) Alemán, J., (2020), “Pandemónium” p. 19. Ned Ediciones.

(23) Lévy, B.-H., (2020), “Aquest virus que ens fa tornar bojos” p.16 y 18. Mésllibres, Barcelona.

(24) Alemán, J., (2020), “Pandemónium” p. 36. Ned Ediciones.

(25) Sitges-Serra, A. (2020), “Si puede, no vaya al médico” p. 91. P.R. House, Barcelona.

del ser hablante. La pura supervivencia reduce la vida “a una condición puramente biológica” (26). El precio de la sumisión a las necesidades de la sanidad es la pérdida de las otras dimensiones humanas: social, política, afectiva. Una sociedad que reduce la vida a la mera supervivencia sacrifica la *vida buena*.

En “El triunfo de la religión”, Lacan habla de aquello que, nos dice, era tabú para Freud, la posición imposible, también, del científico; posición de la que la ciencia “no tiene aún la menor idea, y esta es su suerte”. Solo de vez en cuando sufre la ciencia un ligero acceso de angustia. Los analistas, nos dice Lacan, se confrontan con lo real mucho más que los científicos porque se ocupan de lo que no anda y “lo real es lo que no anda” (27).

En ese mismo texto responde a una pregunta diciendo que está convencido del triunfo de la religión, no sólo sobre el psicoanálisis “también lo hará sobre un montón de otras cosas”. Será la religión la que tendrá a su disposición, con su larga práctica, dar sentido “a todas las perturbaciones que introduzca la ciencia” (28). Al contrario del psicoanálisis, la religión fue pensada “para curar a los hombres, es decir para que no se den cuenta de lo que no anda” (29). Los hombres están enfermos, “mordidos por el síntoma” (30) que significa ser *parlêtre*.

Así pues, vemos la necesidad y la persistencia de la religión. En relación a ello, Agamben dice que esta necesidad “buscará a tientas otro sitio [no la Iglesia] donde establecerse y lo encontrará en la que de hecho se ha vuelto la religión de nuestro tiempo: la ciencia” (31). Y piensa que esta “analogía con la religión debe tomarse literalmente: los teólogos declaraban que no podían definir con claridad qué era Dios, pero en su nombre dictaban reglas de conducta a los seres humanos y no dudaban en quemar a los herejes; los virólogos admiten no saber exactamente qué es un virus, pero en su nombre pretenden decidir cómo deben vivir las personas” (32).

Desde hace mucho toleramos vivir en la falsa lógica: “así como frente al terrorismo se afirmaba que la libertad debía ser suprimida para defenderla, también ahora se nos dice que es necesario suspender la vida a fin de protegerla” (33). Al convertir la existencia en una obligación sanitaria, se hace evidente que estamos ante una práctica cultural y no ante una exigencia científica racional. Los datos que se ofrecen son genéricos y no responden a criterios de científicidad: no se ponen en relación con la mortalidad anual en igual período y no se especifica la causa efectiva de muerte. Se contabilizan como fallecidos por la Covid-19 también aquellos pacientes positivos que han muerto a causa de un infarto o por cualquier otro motivo.

Convivimos con el eufemismo “distanciamiento social”. No se escogió “distanciamiento físico” o “personal”, como debería en el caso de un dispositivo médico. Y no parece que esta situación pueda ser justificada como medida temporal porque las autoridades insisten en que superada la emergencia deberá mantenerse como el nuevo principio de organización de la

(26) Agamben, G., (2020), “La epidemia como política” p. 23. A.H. editora.

(27) Lacan, J., (2005), “El triunfo de la religión” p. 73 y 76. Paidós, Buenos Aires.

(28) *Ibid.*, p. 78 y 79

(29) *Ibid.*, p. 86

(30) *Ibid.*, p. 92

(31) Agamben, G., (2020), “La epidemia como política” p. 32. A.H. editora.

(32) *Ibid.*, p. 58

(33) *Ibid.*, p. 37



sociedad. Este distanciamiento ya se había introducido antes de la pandemia; hacía tiempo que nos habíamos acostumbrado a relaciones virtuales a distancia. Pero ahora epidemia y tecnología se entrecruzan inseparablemente.

Como a Lévy, me sorprende que no sean más los que se revuelven contra el cinismo que está en juego oponiéndole, como dice él, los dos principios sencillos que son la base de la cordura. Un principio político: la estimación de las vidas que se salvarían parando el mundo y las que se pondrían en riesgo. Esto es, no ceder en el falso debate ente la vida y la economía. El otro principio, metafísico, se asienta, siguiendo a Lacan, en sostener que “dar sentido a lo que no lo tiene y hacer hablar una cosa fuera-de-sentido como es el indecible sufrimiento humano es uno de los orígenes, en el mejor de los casos, de la psicosis, y en el peor del totalitarismo” (34).

Ineludible detenernos en la reflexión sobre los efectos de la crisis y en como “van a ser reutilizados por los grandes bloques de poder para que la paguen los de ‘abajo’, los que siempre pagan el pato, los más desfavorecidos social y económicamente” (35). Tenemos ya experiencia acerca de cómo el consumismo que diseña nuestra sociedad acrecienta las frustraciones y “no cesa de ahondar en el agujero de la falta, de una falta de goce que no puede ser colmada” (36).

En su último trabajo, Han equipara la cuarentena con una modalidad de *campo de internamiento*: “En tiempos de pandemia, el campo de trabajo neoliberal se llama “teletrabajo”. Lo único que lo diferencia del campo de trabajo del régimen despótico es la ideología de la salud y la paradójica libertad de la autoexplotación”. La digitalización tiene efecto anestésico y con la situación pandémica nos aleja del sufrimiento de los demás porque el dolor queda disuelto en “número de casos”. Según Han, con el actual tratamiento del estado de pandemia “la virología derroca a la teología” (37).

El imperativo categórico del superyó empuja a gozar, pero no precisamente para ser feliz, “es un principio que se desentiende de quienes lo habitan, es un goce por fuera de las consecuencias” (38) y, porque hay goce en el mal, ese imperativo puede establecer una ley moral perversa al situar a los sujetos en posición de objetos. Por eso las leyes no deben desentenderse de las consecuencias que entrañan y deben permitir la libertad de desear, aquella que hace posible que cada uno sea diferente. Habrá también que recordar que “la primera razón de la servidumbre voluntaria es la costumbre” (39) y que los hombres nacen siervos, del lenguaje podríamos nosotros añadir.

En el distanciamiento social se pone en juego una ética, la que refuerza al yo distanciándose del otro. Se ha presentado como una posibilidad de retorno a lo esencial y un reencuentro con uno mismo. Pero la reducción de la vida a estos términos es mortificante y el malestar ha aparecido y crece en sus manifestaciones después de la docilidad con la que se asumió el orden sanitario sobre los cuerpos. En este punto evocamos a Miller cuando nos dice que la perversión le parece que “es el aspecto más seguro por el que Lacan abordó la cuestión

(34) Lévy, B.-H., (2020), “Aquest virus que ens fa tornar bojos” p.32. Mésllibres, Barcelona.

(35) Alemán, J., (2020), “Pandemónium” p. 27. Ned Ediciones.

(36) Naveau, L., (2007), “Una ciencia sin raíces” p. 21. EUG, Granada.

(37) Han, B.-C., (2021), “La sociedad paliativa” p. 30. Herder, Barcelona.

(38) Tendlarz, S.E., (2011), “Perversión” p. 53. Grama, Buenos Aires.

(39) Boétie, É. (2008), “Discurso de la servidumbre voluntaria” p. 40. Trotta, Madrid.

política” (40) y, en el mismo texto, nos ofrece la distinción entre la política y la ética: “la ética concierne al Uno, mientras que la política es del orden de lo colectivo” (41). La política y la ética confluyen, desde el punto de vista del psicoanálisis.

En nombre de la vida se diría que toda imposición y restricción están justificadas. Los efectos de la gestión política y sanitaria perdurarán aún más que los propios del virus. Como dice Laura LLevadot, nos quedaremos con “el hábito de la obediencia y una transformación radical del modelo económico a la que nuestros cuerpos ya se están acostumbrando con inquietante facilidad” (42). El miedo al contagio, a la muerte puesto en circulación desde el primer momento mantiene a todos obedientes y productivos. La transformación del capitalismo neoliberal en un biocapitalismo hace que “la vida de cada cual, sus intereses, depresiones, afectos y hábitos de consumo, cuando no su propio cuerpo o su sonrisa, son su propia mercancía” (43).

Pronto hará veinte años que Jacques-Alain Miller y Jean-Claude Milner nos dijeron que nos habíamos situado en el paradigma de la evaluación, que procede de la matemática, de la medida y de lo calculable. Ese hecho instauro otro: si ha habido una evaluación hay una solución (al supuesto problema planteado). La democracia, nos decían, ha entrado en la era delo ilimitado, que es lo propio del contrato, rebasando a la ley que es del orden de lo limitado. Es decir, “la ideología del contrato ha pasado a ser el fundamento [...] de la ‘democracia ilimitada’” (44). La gestión de la pandemia ha situado a los cuerpos en un permanente estado evaluativo. Estamos en “un sistema de transacciones entre lo limitado y lo ilimitado, entre la ley y el contrato. En consecuencia, nadie sabe nunca a qué atenerse entre lo que se dice y lo que no se dice” (45).

Los supuestos expertos revestidos de ciencia se dedican a prevenir y controlar los problemas, los pánicos sociales. Pero “¿cómo pueden verificar que controlan bien el problema? La única manera de comprobarlo es sembrando el pánico. Es lógico” (46).

En ese mismo texto que estamos citando, Miller dirá que, en la operación de la evaluación, que se puso en marcha con la emergencia del discurso de la ciencia, lo más importante es el consentimiento por parte del otro. Así que “conseguir del sujeto la confesión de sus pecados, que se incrimine a sí mismo, que denuncie él mismo sus propias inclinaciones criminales, su pequeño goce idiota es la eterna exhortación de la burocracia o del saber en la posición de amo. Esta forma de dominación no es posible sin el consentimiento del dominado” (47).

Finalizo con una frase que hago mía pero que es de J.M. Coetzee en *Elizabeth Costello*: “Porque eso es, finalmente, lo que significa estar vivo: ser capaz de morir”.

## CÁRTEL LA PRÁCTICA PSICOANALÍTICA EN TIEMPOS DE PANDEMIA

(40) Miller, J.-A., (2010), “Los divinos detalles” p. 185. Paidós, Buenos Aires.

(41) *Ibid.*, p. 208

(42) LLevadot, L., (2021), “Esta reconversión no hallará resistencia” p. 303. Ned Ediciones

(43) *Ibid.*, p. 306

(44) Miller, J.-A., Milner, J.-C., (2004), “¿Desea usted ser evaluado? p. 19. M. Gómez Ed., Málaga

(45) *Ibid.*, p. 21

(46) *Ibid.*, p. 32

(47) *Ibid.*, p. 41